

Alfonso Sierra Garrido

VIERNES 23 DE JULIO



Atlantis Ediciones
Narrativa Books

Viernes 23 de julio

Alfonso Sierra Garrido

Primera edición abril 2019

© De los textos: Alfonso Sierra Garrido

© De la imagen de portada: Kevin Carden

Todos los derechos reservados

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

A Benelli

Capítulo 1. Prólogo

No comenzaré estas memorias contando la pena que me aguarda, eso lo dejaré para más adelante. Aprovecharé este escrito para narrar mi historia, concretamente lo que aconteció desde el Día Cero hasta el mismo momento en el que me encuentro escribiendo estas letras.

No quiero, o al menos no pretendo, que este relato tenga por objeto ser un ejemplo de nada para nadie. Sinceramente creo que la mía no ha sido una vida digna de ser modelo y mucho menos admirada. Simplemente pretendo que el lector tenga en cuenta que a cada uno le toca vivir su tiempo y, por lo tanto, no le queda otra opción que adaptarse a este como solución para encontrar su propia supervivencia.

Tampoco quiero echar la culpa de todo lo que pasó al desencadenante del Día Cero, no, sería muy fácil hacerlo. Estoy convencido de que las personas buenas y limpias de alma lo siguen siendo aunque las circunstancias que los rodeen sean adversas y miserables. De igual manera, he tenido la capacidad de observar que aquellos que son seres despiadados y carentes de alma se les agudiza la maldad aun encontrándose ante el mismo contexto que los primeros.

He meditado mucho sobre estas cuestiones y no he podido evitar pensar en los que, en principio, eran o éramos seres normales. Entiéndame bien lo que quiero decir: me refiero por normales aquellos que no eran ni buenos ni malos; simplemente gente normal, personas que se ganaban la vida con el sudor de sus frentes, si acaso con alguna pequeña e insignificante parte oscura en su haber, nada importante. Así, a lo largo de estos convulsos años, he visto

torcerse con asombrosa facilidad voluntades de hierro, también convertirse en malnacidos a hombres que eran de bien cuando este mundo era normal. Tal vez yo mismo sea uno de ellos, no lo sé.

Por esta razón, no paro de preguntarme si he sido una buena persona o, por el contrario, un ser abominable y — para ser honestos— estoy convencido de que merezco el segundo apelativo.

Es posible que las adversidades se presenten ante nosotros como un tamiz que clasifica a la gente corriente para decantarla en despreciable gentuza o en nobles justos. Al fin y al cabo, los tiempos difíciles atenúan los tonos grises dejando al descubierto solo el blanco o el negro.

El objeto de esta crónica tampoco es la de que el lector se convierta en juez de mi persona; esa labor ya ha sido realizada por otros y en su momento tendré ocasión de contarle —siempre que sea lo suficientemente rápido tecleando la antigualla ante la que me encuentro—. No tengo demasiado tiempo.

Solo haré una reflexión antes de pasar a relatar todo lo que acaeció: La vida puede cambiar de un día para otro. Ser conscientes de eso solo nos tiene que servir para aprender del pasado, disfrutar del presente y afrontar sin temor el futuro.

Querido lector: prepárese para viajar a esa fecha maldita, a aquel infausto viernes de verano que nos cambió la vida a todos...

Capítulo 2. Despertar

En su amanecer, aquel 23 de julio de 2027 no había sido bautizado aún. Transcurrido un tiempo, la fecha pasó a conocerse de manera generalizada como el Día Cero.

Recurre a mi mente, como rasgo más característico de aquella jornada, la ingenuidad de las personas frente a una hecatombe que acababa de comenzar y que había llegado para poner nuestro mundo patas arriba.

La mañana de la citada fecha me levanté solo en casa. Los veinte días que tenía por delante prometían ser los mejores que habría de vivir hasta el momento de mi joven existencia, ya que mis padres decidieron hacer su viaje a Nueva York sin mí, dejándome solo al cargo del piso. Este que escribe contaba entonces con quince años y creo que la fatiga que les causé durante sus vacaciones, el verano anterior, decantó a mis progenitores por tal decisión. Estoy convencido de que no estaban dispuestos a soportar, otra vez más, la interminable lista de quejas que un servidor expresaba a todas horas, por no hablar de los gestos de desaprobación que lanzaba —sin ningún rubor— ante las forzadas propuestas de mi padre para intentar hacer que mis días de aquellas vacaciones fuesen, si no agradables, al menos llevaderos. Llegó incluso a comprarme un móvil nuevo, de los carísimos, para ver si con el regalo conseguía borrar de mi cara la mueca de enfado constante, pero ni por esas. Yo solo quería quedarme en casa y así emplear los días estivales en disfrutar de la piscina con mis amigos, además de contemplar a las vecinas y a las amigas que estas invitaban a pasar la tarde en nuestra comunidad, obviamente.

Visto con la perspectiva del paso del tiempo, hoy soy consciente de que aquello que pretendía con catorce años simplemente era imposible. Solo la estupidez que imprime la adolescencia al ser humano fue la culpable de los desaires para con mis padres. Ahora mismo daría lo que fuera por pasar un día con ellos, es más, daría mis dos ojos por volver a abrazarlos, por decirles que les echo de menos desde hace ya mucho tiempo, demasiado.

Sea como fuere, me había quedado al mando del piso donde vivíamos vigilado, eso sí, por mi vecina Sonsoles, que era ama de casa como mi madre y cuya puerta quedaba frente de la nuestra.

Como he dicho anteriormente me levanté solo en casa, con la mañana ya avanzada, alertado por un murmullo de voces incesantes que provenían de la escalera. Aquel cuchicheo molesto iba subiendo de tono y, de vez en cuando, se acompañaba de alguna voz emitida a grito pelado por el conserje del bloque. Yo lo escuchaba todo desde la comodidad de mi colchón con la única esperanza de que, fuese lo que fuese lo que estuviese pasando en la zona común del piso, terminase lo antes posible y así me permitiese continuar con aquel placentero sueño del que me habían despertado.

Como los estruendos, lejos de ir remitiendo, no dejaban de ser cada vez más irritantes, decidí levantarme para desayunar algo y emplearme después en continuar con la partida del videojuego que había abandonado a altas horas de la madrugada.

En ese momento fue cuando percibí la primera señal del cambio que ese día traería a la humanidad. El móvil costosísimo que mi padre me había regalado no se encendía, así que lo puse a cargar sin prestar mayor atención a aquel pequeño contratiempo. Al enchufar el cargador del dispositivo, me di cuenta de que no había luz en casa. Concluí que esto no debía de haber sucedido hacía mucho tiempo ya que el congelador aún tenía petrificadas en su

interior las pizzas que mi madre me dejó como recurso alimenticio para las cenas.

Verifiqué que los automáticos del cuadro eléctrico estaban perfectamente subidos; tal y como mi padre me enseñó una noche que nos quedamos a oscuras debido al fallo provocado por nuestra vieja lavadora. No, las palanquitas negras estaban todas hacia arriba, así que la avería debía de estar fuera. Entonces asocié el vocerío de la escalera con algún contratiempo derivado de la falta de luz en el bloque de pisos, lo que confirmó, para mi satisfacción, el diagnóstico emitido.

Hasta ese momento el problema se reducía a un fallo eléctrico, nada por lo que preocuparse más de la cuenta.

Nunca más volví a ver un teléfono móvil funcionar.

Capítulo 3. El Día Cero

Mis vecinos se estaban empleando en alguna tarea en la escalera. Luego supe que intentaban sacar del ascensor a la señora que vivía en el séptimo, pero en aquel momento preferí observar el trabajo que realizaban las personas del rellano escondido tras la mirilla de mi puerta. Pensé que poco los podía ayudar un mocoso de quince años, así que decidí seguir —instalado en el anonimato— la consecución de los trabajos que, dicho sea de paso, parecían no tener ninguna clase de éxito.

Cuando me cansé de cotillear, me fui a la cocina para desayunar algo. Me tomé una coca cola que aún se mantenía fría. Hasta entonces nunca me gustó la leche del tiempo y, ya que no era posible calentarla sin el microondas, me decanté por zanjar el asunto bebiendo un refresco; mi madre jamás lo hubiese tolerado. Me asomé por la ventana para contemplar una calle sin nada de tráfico. En aquel momento lo achaqué a un corte de vía debido a alguna obra o alguna alerta de seguridad o vaya usted a saber.

Divisaba el asfalto desierto cuando alguien golpeó con sus nudillos en la puerta.

—¡Andrés! Abre.

Reconocí de inmediato la voz de Sonsoles que, como había dicho, era la vecina a la que mi madre le había dejado el encargo de tenerme vigilado.

—¿Sí? —respondí después de abrir la puerta de mi casa.

—¿Te funciona el teléfono móvil?

La miré con cierta sorpresa ya que parecía haber adivinado el estado de mi dispositivo sin haberlo visto. En ese momento llegué a pensar que, en su celo guardián, había entrado a hurtadillas en mi habitación por la noche para comprobar si todo estaba «como Dios manda».

—No tiene batería, pero tampoco lo puedo cargar hasta que venga la luz.

Sonsoles se giró para mirar al vecino del segundo que, en ese preciso momento, se encontraba afanado en abrir la puerta del ascensor con la ayuda de una palanca de grandes dimensiones. Gabriel, que era como se llamaba el improvisado técnico de ascensores, observó a mi cuidadora realizar un gesto negativo con la cara y acto seguido continuó reventando la puerta del elevador con la barra metálica.

—¿Estás seguro de que el teléfono no tenía nada de carga?

—La verdad es que me ha sorprendido un poco —respondí llevándome la mano a la barbilla—, anoche estaba al setenta por ciento antes de apagarlo. No entiendo por qué se ha descargado tan rápido —añadí.

—Creo que no es problema de la batería. Ningún teléfono de los vecinos funciona.

—Ya, pero es que el mío no es que no funcione, es que no se llega a encender siquiera.

—Eso exactamente es lo que les pasa a todos.

Miré a la mujer sin entender nada de lo que intentaba explicarme. Yo no quería parecer estúpido y mucho menos delante de la que yo pretendía —dentro de mi fantasía de adolescente— que en algún momento pasase a ser mi suegra, pero creo que en ese instante mi cara solo pudo reflejar estupidez. Sonsoles, viendo que estaba despertando dentro de aquel sinsentido, se dispuso a explicarme de qué iba todo aquello.

—Verás. Es que la señora Pascuala, la del séptimo, se ha quedado encerrada en el ascensor porque se ha ido la luz en el edificio.

—Ya —respondí bobaliconamente.

—Hemos intentado llamar a la empresa para que nos envíen a un técnico, pero resulta que no funciona ningún tipo de teléfono; ni los fijos, ni los móviles.

—Será que el apagón es general y que los repetidores, o lo que quiera que utilicen las compañías telefónicas para

transmitir los datos, tampoco funciona, ¿no? —expuse de manera un tanto pedante intentando parecer inteligente ante la madre de mi amor platónico.

—Es posible, pero no veo por qué los dispositivos ni siquiera se llegan a encender.

En ese preciso instante, el conserje apareció subiendo por la escalera acompañado de un par de vecinos. Tras ellos venía otro señor al que yo no había visto en mi vida. El portero traía la cara desencajada y, en cierta manera, ese fue el rostro que recuerdo, hoy en día, como la cara del Día Cero. Cuando recobró el aliento comenzó a hablarnos a todos los que nos encontrábamos en el rellano.

—Esto es muy raro... ¡No funciona nada!

El vecino del segundo paró de golpear la puerta con el trozo de metal y se giró para mirar al conserje.

—¿Cómo dices?

—¡Que no funciona nada! Iba a coger el coche para ir a la dirección de la empresa de los ascensores, pero no arranca —dijo mostrando la llave de su Peugeot—. Luego he llamado al señor Servando para que me acercase hasta allí, pero su coche tampoco funciona. ¡Todo esto es muy raro señor Gabriel! —añadió el conserje mirando desconcertado al público presente.

—¿Qué clase de broma es esta? —preguntó el vecino del segundo dirigiéndose a mí.

Quizá el hecho de que yo fuese el más joven de la improvisada junta vecinal inclinó a aquel hombre a pensar que ese sindióis lo había generado un servidor. ¡Como si un niño de quince años tuviese el poder de organizar tal desaguado! La verdad es que no lo culpo; la situación era tan desconcertante que aquello parecía una gamberrada de mal gusto.

Hoy solo puedo decir que después de doce años la broma continúa exactamente igual que el primer día.

—¡No culpe usted al muchacho! —intervino el desconocido que acompañaba al portero—. En mi bloque tampoco

funciona nada; ni los teléfonos ni los coches ni los ordenadores ni las radios... ¡Nada! He venido aquí para ver si me podían echar una mano a sacar a un vecino que se ha quedado atrapado en el ascensor, pero ya veo que tienen ustedes el mismo problema.

—Mantengamos la calma, señores. No creo que tarde en volver la luz.

Aquella frase, pronunciada por don Servando, refleja la ingenuidad a la que me refería en el capítulo anterior.

Capítulo 4. Birlibirloque

Sí señores, sí. Pensábamos que el contratiempo se solucionaría así de sencillo; que solo teníamos que esperar a que todo volviese a funcionar, que, de igual manera que todo se había ido al garete, volvería la normalidad por arte de *birlibirloque*.

Pero no, ni mucho menos. Algo pasó ese día que nos devolvió a principios del siglo pasado.

Algo ocurrió, pero nadie supo explicar qué fue exactamente. Sí, sabíamos que los aparatos que llevaban integrado algún tipo de electrónica habían dejado de realizar sus funciones y, hasta el día de hoy, no se ha sabido revertir tal contratiempo. He escuchado todo tipo de teorías: desde las más grotescas hasta las más científicas, desde las intervenciones divinas hasta las ecuaciones matemáticas más precisas, pero al final solo se trata de eso; de hipótesis y de conjeturas. Tenga en cuenta, querido lector, que desde ese aciago día los medios de comunicación simplemente no existen, por lo que no hay ningún canal de información con crédito suficiente que pueda explicar el fenómeno que nos condujo a esta catástrofe. De igual manera usted podrá empezar a entender el tipo de caos en el que en poco tiempo nos vimos inmersos.

No quiero adelantarme a los acontecimientos que fuimos descubriendo posteriormente, por lo que terminaré de relatar lo que ocurrió el dichoso 23 de julio de 2027.

Fue cuando estábamos esperando a que volviese la corriente eléctrica, con la esperanza de poder sacar a doña Pascuala del ascensor, cuando nos sorprendió un estruendo lejano y sobrecogedor. Los allí presentes nos miramos buscando una justificación de lo que acabábamos de escuchar. El sonido nos congeló la sangre y cortó en seco la cháchara

del rellano; algo grave había sucedido. Subimos las escaleras corriendo para alcanzar la azotea del inmueble. Como yo era el más joven llegué el primero y descubrí entonces una columna de humo gigantesca procedente del otro lado de la ciudad. Desde lo alto del edificio podíamos ver a los vecinos de los bloques adyacentes contemplando la atroz fumarola mientras se llevaban las manos a la cabeza. Desconocíamos qué había ocurrido, pero éramos perfectamente conscientes de que una tragedia se había desencadenado bajo la siniestra masa de hollín ascendente.

Lo que vino a continuación nos hizo entender la magnitud de lo que estaba ocurriendo y también produjo el primero de los pánicos, aunque ni por asomo el peor de los que estaban por venir.